

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Trabajo Social

Maestría en Trabajo Social

Matrices epistémicas en el campo postmoderno

(Seminario “La modernidad y la crítica postmoderna”)

E. Gustavo Rojas.

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Trabajo Social
Maestría en Trabajo Social

Matrices epistémicas en el campo postmoderno

(Seminario “La modernidad y la crítica postmoderna”)

E. Gustavo Rojas.

Introducción.

Entre los días seis y diez de Noviembre del año 2.006 se llevó a cabo en la Facultad de Trabajo Social dependiente de la Universidad Nacional de La Plata un seminario denominado “La modernidad y la crítica post-moderna,” cuyo desarrollo contó con la coordinación del Prof. Dr. José Paulo Netto. En este marco de discusión se retomaron las líneas fundamentales del debate acerca de la modernidad que irrumpieron con fuerza en el campo de las Ciencias Sociales durante la segunda mitad del Siglo XX, principalmente en torno a las figuras más representativas de la llamada “teoría crítica” y sus contendientes más significativos.

A falta de una denominación cerrada y unívoca para englobar a todos los autores que de forma más o menos directa intervinieron en el debate, optamos por bosquejar la concepción de un “campo postmoderno,” entendiendo que una categoría de esta naturaleza, con fronteras difusas y permeables, permitía una mejor comprensión de los temas y posicionamientos puestos en juego. Resultó factible, de este modo, establecer vínculos entre distintas áreas del conocimiento científico, la praxis profesional y política, como así también las corrientes epistemológicas que a lo largo del último siglo dieron sustento a los diferentes puntos de vista que imprimieron su impronta en los más diversos ámbitos académicos.

Si bien no se pretende en este trabajo hacer un repaso exhaustivo de los temas abordados en el seminario, se intentará conservar dicha perspectiva analítica, centrándonos en las matrices epistémicas que están detrás de las interpretaciones sobre el proyecto de la modernidad y su relectura a partir de los acontecimientos históricos que parecieron señalar sus limitaciones, cuando no su conclusión definitiva. Sin la intencionalidad de contraponer las diferentes perspectivas esgrimidas en el debate, nos centraremos en los procedimientos epistemológicos empleados en la construcción de argumentos a favor de cada perspectiva.

Nos proponemos, por lo tanto, analizar la aplicación de nociones aportadas por las corrientes falsacionistas e historicistas de la ciencia en la supuesta “refutación” del proyecto de la modernidad, destacando en este análisis el carácter sesgado y apresurado del procedimiento llevado a cabo. En la medida que se intentan incluir en este repaso los aspectos formales y sustantivos de la racionalidad postulada por la Ilustración, no se perderá de vista que todo el texto estará marcado por un posicionamiento particular, circunstancia que, por otra parte, debe interpretarse como efecto de la concepción racionalista que se pretende reinstalar.

Por distintas razones que se irán desarrollando en cada uno de los apartados del trabajo, se entiende que los contenidos desarrollados en el Seminario ostentan una importancia a veces subestimada en el campo profesional de los trabajadores sociales. El debate modernidad-postmodernidad es observado no pocas veces con cierta distancia y hasta desconfianza, como si se tratara de una discusión meramente filosófica impregnada de sutilezas discursivas que en nada nos atañe. La experiencia del seminario, por el contrario, puso en evidencia que nuestro devenir académico, profesional e institucional actualiza en forma permanente muchos de los asuntos que intervinieron en el debate, reproduciendo o cuestionando en el discurso y la práctica los posicionamientos sobre cada uno de ellos.

El proyecto socio-cultural de la modernidad.

La modernidad suele definirse como el programa sociocultural de la Ilustración, movimiento histórico-filosófico que habría sentado las bases interpretativas de una racionalidad bifronte, que integra una cara técnico-instrumental y otra teleológico-emancipatoria. Por un lado, se entendía que el mundo era una entidad perceptible al sujeto, y que a partir de su observación y explicación éste podía transformarlo. Por otro lado, se daba por supuesto que el conocimiento del mundo y las leyes que lo rigen permitiría lograr, a partir de las transformaciones legitimadas por este conocimiento, poner la naturaleza al servicio del hombre en una suerte de progreso continuo e irrefrenable. Vale decir que no se trataba simplemente de anunciar la primacía de la racionalidad y la construcción de un método que operaría como instrumento de transformación, sino que además dicha modificación del orden natural propiciaría la emancipación de la humanidad. Ambas caras del proyecto son designadas en la bibliografía sobre la temática como aspectos formales y sustantivos, o instrumentales y objetivos, de una misma racionalidad, que así entendida implicaba tanto aspectos teórico-metodológicos como ético-filosóficos.

Sobre las características de la emancipación propuesta por el ideal racionalista, es necesario establecer algunas precisiones. En primer término, que la definición amplia de emancipación incluye la concepción –más restringida– de emancipación política; en segundo lugar, que ésta última, en tanto significa una noción de sujeto restringida a la independencia y el goce de derechos subjetivos, es una condición necesaria pero no suficiente de aquella. La emancipación humana supone una igualdad radical que no debe ser interpretada como la simple “ausencia de diferencias o desigualdades,” ya que restringirla a una visión semejante implicaría una visión de sujeto uniforme y adocenado que bloquearía toda aspiración realmente emancipatoria. La definición amplia de emancipación propuesta por el ideal racionalista, por el contrario, supone la igualdad en el plano de las posibilidades y oportunidades objetivas, sobre el cual se perfilan y proyectan las subjetividades sin restricciones materiales ni simbólicas.

El progreso científico que imprimió este ideal de racionalidad, sin embargo, acentuó la perspectiva instrumental del proyecto inicial, desentendiéndose de su contenido ético, al mismo tiempo que permitió legitimar la superioridad de la ciencia por encima de las demás formas de concebir e interpretar el mundo. Dicha legitimidad, por otra parte, se proyectó socialmente a todas las esferas de la vida social, incluyendo la vida cotidiana, propiciando la hegemonía ideológica del saber científico como un saber autónomo y omnipresente.

La proyección fuera del campo científico de esta visión dogmática, omnipresente y hegemónica de la ciencia, en vistas de los progresos tecnológicos que la racionalidad instrumental había favorecido, puede considerarse como uno de los logros más significativos del proyecto de la Ilustración en términos simbólicos.

La Revolución Francesa y la Revolución Industrial, cuyos efectos se hicieron notar sobre todo durante la segunda mitad del Siglo XIX, constituyeron un marco socio-histórico de condiciones que propició la afirmación material y simbólica de la burguesía como actor protagonista del proceso revolucionario. La burguesía, de este modo, fue representada en ambos planos como la encarnación del proyecto de la Ilustración, y en forma análoga como encarnación de la racionalidad, el progreso, el avance tecnológico y la emancipación, entendida ésta última en forma restringida como libertad individual. De este modo, los períodos de inestabilidad que evidenció el orden burgués fueron interpretados usualmente como una crisis del proyecto que, desde esta perspectiva, dicho orden representaba.

Pueden situarse en el arco histórico diferentes momentos en que los postulados de la modernidad fueron puestos en crisis o problematizados por el curso de los acontecimientos que –desde una interpretación inicial del proyecto– significarían una contradicción o refutación de sus premisas constitutivas. En el marco del seminario, nos detuvimos particularmente a analizar los casos de la Revolución de 1.848, la desarticulación del Welfare State y las experiencias del llamado “socialismo real.” Dicha selección de acontecimientos obedece a que operaron en la discusión modernidad-postmodernidad como fuente de argumentos en uno y otro sentido, suscitando un prolífico debate, donde abundaron autores, corrientes y posicionamientos heterogéneos que, evitando una denominación cerrada y terminante, denominamos “campo post-moderno.”

Para autores como Lyotard, Foucault y Deleuze, el saber científico en la modernidad extrae su poder de las metanarrativas que lo legitiman. La postmodernidad teórica y estética se ha propuesto acabar con la primacía de estos discursos metarrepresentacionales para poner en su lugar el inconsciente y el deseo, entendiendo que de este ámbito extraen su ímpetu las nuevas formas sociales y culturales que envisten nuestra época. Si los esfuerzos del hombre por conocerse a sí mismo tuvieron como resultado una serie de discursos que excluyen el deseo, la muerte y la locura, marginándolos al espacio de “lo otro,” para los teóricos postmodernos es necesario romper con las estructuras y la primacía del significante, a través de la transgresión discursiva, el disenso, la paradoja y el paralogismo. Basada en estos principios, la corriente francesa de autores “neonietzscheanos” se presentó en el debate como un abierto enfrentamiento a la racionalidad sustantiva y el consenso intersubjetivo que la teoría crítica propuso reinstalar como proyecto sociocultural.

Aún a riesgo de adelantar cuestiones que serán desarrolladas seguidamente, conviene indicar que para la crítica frankfurtiana dicha forma de concebir el curso de la historia pierde de vista que la modernidad cultural se caracterizó por la escisión de la racionalidad sustantiva en esferas autónomas dominadas por especialistas. En el caso singular de la esfera estética, dicha autonomía llevó al extremo la concepción del arte por el arte mismo, en una progresiva tendencia a las prácticas autorreflexivas y autorreferenciales. Las observaciones sobre la cultura que hacen los defensores de la postmodernidad, del postiluminismo y la posthistoria parten de observar que la apertura de esta esfera al plano de la vida cotidiana habría operado una clara modificación de valores y costumbres, sin percibir que la modernidad estética representa sólo un componente de la modernidad cultural. Es precisamente Habermas quien propugnará, a partir de esta evidencia, abrir al

debate racional el contenido de las demás esferas, para analizar los procesos socioculturales en su integridad y complejidad, criticando la concepción reduccionista de sus oponentes en el campo postmoderno.

Sobre la racionalidad técnica en el plano epistemológico.

La exacerbación de las desigualdades sociales durante el desarrollo del capitalismo, la violencia sistemática contra el medio ambiente, las tecnologías aplicadas en la guerra y las prácticas genocidas, nos hablan de una racionalidad que sólo se extendió y desarrolló en su aspecto instrumental, relegando a un lugar subsidiario las disquisiciones éticas que originalmente planteó la modernidad. Ahora bien, si dichos acontecimientos históricos pusieron en tela de juicio la “neutralidad” de la empresa empiricista, inspirada en el ideal clásico y sesgado de la racionalidad, no menos improductiva se ha mostrado su aplicación en el campo de las ciencias sociales como sustento epistemológico. La observación sistemática de la naturaleza puede valerse de leyes causales e integrar elementos disruptivos como el caos y el azar, pero el ámbito de lo social no puede reducirse a estos procedimientos. Desde el momento que el sujeto se constituye como parte integrante de una realidad a estudiar, no debe perderse de vista que también sus intenciones, intereses, valores, prejuicios, en fin, que el orden teleológico forma también parte del juego.

Entendemos, por estas razones, que tanto el falsacionismo estricto de Karl Popper como la epistemología historicista de Thomas Kuhn se han mostrado como posicionamientos que no pueden aplicarse al campo de las ciencias sociales, a pesar de la extensión que el método hipotético deductivo –muchas veces designado como “el método” de la ciencia– y nociones como la de paradigma o ciencia normal han alcanzado en el marco de estas disciplinas científicas. Para aclarar este punto, reseñaremos sucintamente las características centrales de ambas teorías, difiriendo un análisis más pormenorizado a la lectura de los textos incluidos en la bibliografía. Este repaso de ambas teorías epistemológicas tiene la finalidad de señalar cómo su aplicación sirvió de base para la construcción de algunos argumentos esgrimidos por los autores del discurso –o antidiscurso– de la postmodernidad.

La filosofía de la ciencia ha girado en torno a dos cuestiones fundamentales durante su evolución en el último siglo: los criterios de demarcación, que definirían aquello que legítimamente puede ser considerado una “teoría científica,” y los principios que deben regular la evolución de la ciencia. Esta segunda cuestión aparece desglosada muchas veces en dos componentes, a saber, la construcción de teorías y el cambio de teorías en el campo científico. Es decir que no sólo importa describir los procesos que conducen a la construcción de nuevas teorías, sino también aquellos que suscitan el reemplazo de una teoría por otra en la evolución de las ciencias. Las posturas encarnadas por los autores más representativos del debate epistemológico han hallado en dichos puntos de interés los principales centros de conflicto, y en ellos nos basaremos para construir esta reseña.

La primera ruptura importante con la tradición del empirismo lógico fue impulsada por la propuesta de Karl Popper, quien negó en primera instancia que los procesos de inducción pudieran confirmar las teorías científicas. Por una parte, sostuvo que las teorías científicas no podían ser verificadas por la experiencia, ni que ésta pudiera asignar valores de probabilidad a dichas teorías. Por otra parte, posicionado en una clara

perspectiva lógico-matemática, sostuvo que un enunciado universal –las teorías, desde su perspectiva, eran conjuntos de enunciados universales– no podía ostentar un contenido mayor que el de las premisas o enunciados observacionales tomados de la experiencia. De dicha afirmación se desprende que no hay lugar en la epistemología para la noción de “verificación” que compartían las distintas corrientes del empirismo lógico como criterio de demarcación. Por el contrario, para el falsacionismo una teoría sería realmente científica si podía ser falsada o refutada por la experiencia, a partir del contraste entre los enunciados observacionales y las deducciones construidas por el investigador en el desarrollo de su trabajo. Aceptando puntualmente el posicionamiento epistémico de Karl Popper, como el mismo autor ha señalado, teorías relevantes en el campo de las ciencias sociales como el psicoanálisis o el materialismo histórico no deberían considerarse “científicas” ya que el criterio falsacionista de demarcación las deja fuera de los límites propuestos.

Resuelto de este modo el criterio de demarcación, la epistemología de Popper propone que el progreso científico se logra produciendo conjeturas audaces, más allá de la observación, la experiencia y el conocimiento previo, y que por esta razón los procedimientos inductivos debían dejarse de lado. De dichas conjeturas, hipótesis o enunciados universales el científico habrá de deducir las consecuencias que finalmente se terminarán contrastando con la experiencia, rechazando aquellas teorías de las cuales se desprenda una sola consecuencia que no supere tal contraste. Este aspecto del falsacionismo resulta crucial para este análisis, toda vez que –según entendemos– implica un procedimiento análogo a la lectura de los acontecimientos históricos que efectuó en su momento la postura postmoderna.

La versión historicista de la filosofía de la ciencia que tuvo a Thomas Kuhn como principal exponente adopta una posición menos terminante sobre la aceptación o rechazo de las teorías científicas. Sostiene que en los periodos de “ciencia normal” existe un consenso establecido en la comunidad intelectual en torno a una serie de construcciones teóricas por razones no sólo epistemológicas, sino también sociales, culturales, políticas y económicas. Los paradigmas son definidos, por lo tanto, como estas realizaciones científicas legitimadas y consensuadas en cada uno de los campos que durante cierto período proporciona modelos de problemas y soluciones a cada disciplina en particular. Las prácticas de los científicos, por lo tanto, estarían orientadas a defender los paradigmas aceptados por consenso, evitando las refutaciones o –en términos de Popper– falsaciones que pudieran suscitarse en su desarrollo.

Este consenso de la comunidad científica comenzaría a tambalear cuando la práctica arroja resultados que resulta difícil ajustar al paradigma imperante, iniciando un nuevo período histórico que Kuhn denomina “ciencia en crisis.” A partir de las anomalías observadas en el plano empírico, se abriría un período productivo en el cual se construyen distintos paradigmas alternativos que pugnan por hegemonizar el campo, cuya imposible convivencia pacífica determina la selección de aquel que más se ajuste a las evidencias para construir un nuevo consenso. Este proceso, que en la historicidad de la ciencia fue denominado “revolución científica,” daría pie a un nuevo estadio de “ciencia normal,” con la necesaria y consecuente legitimación de un nuevo paradigma.

Si bien esta corriente epistemológica implicó un avance con respecto a la rigidez del falsacionismo estricto al incorporar variables contextuales que evidentemente influyen en la comunidad científica, conserva ciertas restricciones que vale la pena señalar. En primer lugar, cabe aclarar que fue diseñada en base a la

evolución histórica de las ciencias naturales y que su exponente más representativo veía con resquemor su aplicación al campo de las ciencias sociales. En segundo lugar, se observa que en estas disciplinas la convivencia de perspectivas y enfoques diversos está claramente reñida con el concepto de paradigma previamente definido. Sin embargo, los acontecimientos históricos que dieron pie a la teoría de la postmodernidad fueron considerados anomalías en la evolución del conocimiento, que como tales ameritaban la búsqueda de categorías diferentes a las que sustentaban el proyecto de la Ilustración. Se planteó de este modo que el relato de la modernidad sobre un sujeto impulsando el progreso y la emancipación humana debía darse por concluido; agotado el relato, la muerte del héroe moderno –el sujeto racional, histórico y revolucionario– parecía ser, desde esta visión, un hecho definitivo.

Las “falsaciones” y “anomalías” del Siglo XX.

Numerosos acontecimientos históricos han hecho dudar a los pensadores del Siglo XX sobre los verdaderos alcances del proyecto de la modernidad. La “racionalidad” aplicada en la consumación de eventos “irracionales” como el Holocausto y el uso bélico de la energía atómica plantearon desde el primer momento la necesidad de revisar la proyección que la humanidad construyó de sí misma en el pasado. Para quienes se habían embarcado en forma acrítica en las corrientes positivistas que habían prometido un “progreso irrefrenable” a partir del avance de la ciencia, la perspectiva de una humanidad que a través de la práctica científica podía destruirse a sí misma significó un evidente momento de crisis. No resulta necesario recordar, en este sentido, la extensión que logró en el campo académico el positivismo epistemológico representado en las corrientes falsacionistas e hipotético-deductivas.

La problemática ambiental, también emergente de los usos tecnológicos de la ciencia, no pasó de ser percibida en este campo de lectura. Tampoco la opresión de las identidades étnicas, la violencia de género, la sobre-explotación de las clases populares y más recientemente la manipulación genética aplicada sobre seres humanos. Como fuera indicado más arriba, también la desarticulación del Welfare State y las experiencias de transición al socialismo fueron interpretadas como frustraciones de la modernidad, en tanto se habrían presentado desde su interior como expresiones de la racionalidad moderna. Es cierto que la crisis de 1929 también había puesto en evidencia la fragilidad del orden burgués, pero éste en sí mismo no fue puesto en entredicho por la gran depresión económica. Antes bien, el mismo orden burgués respondió a la crisis a partir de diferentes estrategias, principalmente la salida fascista, las políticas de orientación keynesiana y el Welfare State. Quizás no sea necesario aclararlo, pero en todos los casos se trató de reestablecer un lugar para la acción del estado, intervención que había sido dejada de lado por los postulados del capitalismo en sus fases iniciales.

No es el fin de este apartado analizar los planteos puntuales frente a ésta y las demás evidencias históricas que pusieron en cuestión la “neutralidad” del positivismo ingenuo y ortodoxo, sino repasarlas en tanto argumentos esgrimidos por la crítica postmoderna en defensa de su tesis. Es importante agregar, además, que en el plano social y político estos mismos acontecimientos, entre otras aberraciones que la Historia del Siglo XX nos ofrece, fueron el origen de importantes movimientos sociales que denunciaron la irracionalidad

de los abusos tecnológicos. Sin profundizar en este tema, resulta significativo que en campo de las prácticas sociales hayan emergido nuevos sujetos colectivos planteando demandas que directamente se vinculan con las problemáticas que venimos analizando, impulsando nuevas perspectivas acerca del sujeto que encarnaría en esta nueva fase del capitalismo los procesos revolucionarios.

En definitiva, interesa señalar aquí que estos acontecimientos fueron interpretados como falsaciones de las hipótesis fundacionales de la modernidad. En tanto manifestación epistemológica de la racionalidad técnica, el postulado popperiano según el cual debe desestimarse toda hipótesis de la cual se deriven consecuencias que son falsadas por la realidad, fue aplicado prontamente para anunciar la necesidad de construir un nuevo proyecto sociocultural. En términos historicistas, los procesos observados fueron interpretados como anomalías que demandaban un cambio de paradigma, un nuevo marco de referencia para la teoría y la práctica social en su sentido amplio. Es evidente, por lo tanto, que las matrices epistémicas que sustentaban la versión falsacionista e historicista de la filosofía de la ciencia proporcionaron una metodología que los autores posmodernos aplicaron a los hechos mencionados.

Analizada en estos términos, la crítica postmoderna estaría fundamentada en la paradoja de señalar que el proyecto de la Ilustración había entrado en crisis, empleando argumentos contruidos sobre la base de una postura epistemológica que tiene sus orígenes en el mismo proyecto. Más aún; al perder de vista que las supuestas anomalías del Siglo XX implicaban únicamente una faz racional en el plano técnico, el frente intelectual postmoderno tomó la parte por el todo, postulando el fin de la racionalidad propuesta por la Ilustración en todo su alcance. Si en el campo de la cultura sólo se observaron las consecuencias de abrir la esfera estética, perdiendo de vista la autonomía de las demás esferas, también en el campo de las tecnologías aplicadas se observaron únicamente los efectos de la racionalidad instrumental, perdiendo de vista que el proyecto de la Ilustración no se restringía sólo al plano técnico.

Aportes de la teoría crítico-frankfurtiana.

Los integrantes de la denominada teoría crítica parten, como hemos indicado al comienzo del trabajo, por señalar y cuestionar la exacerbación de la racionalidad técnica en el mundo contemporáneo, en desmedro de la racionalidad sustantiva y sus alcances emancipatorios. Un análisis de las prácticas contemporáneas que resultan de dicha tendencia, por ejemplo, nos conduciría a observar que los campos más disímiles de la vida cotidiana están saturados de una racionalidad técnico-empresarial aplastante que debe interpretarse como un producto evidente del desarrollo del capitalismo (Vgr., el caso de las “iglesias electrónicas” analizado durante el seminario de referencia). No se trata de deslegitimar los alcances y resultados de las nuevas tecnologías que la faz técnica de la racionalidad ha llevado a desarrollar, sino de resignificar sus potencialidades y reestablecer un equilibrio más “racional” con su faz teleológica, ética o sustantiva, propendiendo a una liberación del sujeto de la alineación técnica que el Siglo XX ha llevado a sus extremos.

El menoscabo de la faz sustantiva de la racionalidad por el despliegue desmesurado de su contrapartida técnica ha terminado socavando las bases del proyecto, favoreciendo un avance irracional de tecnologías que hacen peligrar la misma existencia humana, lo cual no implica per se el fin o la anulación del proyec-

to fundacional de la modernidad. Así como Marx adoptó una perspectiva crítica frente al avance del capitalismo decimonónico, Habermas y los pensadores más representativos de la Escuela de Frankfurt proponen un análisis de las condiciones socio-culturales que sentaron las bases de la sociedad en las fases contemporáneas del capitalismo, tildando –al menos– como ingenua la posición supuestamente aséptica y “objetiva” que el empirismo falsacionista defendía. Ante un orden social alienante que el avance tecnológico ha colaborado en construir, se postula la necesidad de recuperar los fundamentos del proyecto moderno, particularmente en lo que se refiere a sus aristas emancipatorias.

Desde una perspectiva sustancialmente diferente, también Max Weber había analizado la extensión del cálculo racional hacia todas las esferas vitales, proceso que consideraba inherente al avance del capitalismo. Frente a esta racionalización de las esferas, que era interpretada por el autor como un proceso que una vez iniciado no podría detenerse, la única alternativa era la resignación. Si bien percibió que la burocratización de las relaciones sociales implicaba un proceso de alcances notables y difícilmente previsibles, no llegó a construir una teoría crítica en el sentido que nos interesa, ni a señalar sus implicancias en el plano valorativo. Se ha indicado en forma insistente por esta razón que Weber, al igual que Durkheim y Comte, serían representantes de la reacción romántico-conservadora que impulsó el nacimiento de la sociología como ciencia, cuyos fines fundacionales consistían en hallar aquellos elementos de la sociedad que garantizarían el orden social frente a la “crisis” postrevolucionaria del Siglo XIX.

Antes bien, la teoría crítica retoma la perspectiva del radicalismo decimonónico, que planteaba la necesidad de revisar las bases fundacionales del nuevo orden burgués; es posible, en este sentido, señalar una conexión más directa con el materialismo dialéctico, aunque la teoría crítica ha puesto en entredicho la continuidad del mismo sujeto revolucionario tal como la piensa el marxismo ortodoxo. Sin pretender una ruptura tajante con sus antecesores en el campo intelectual y académico, la Escuela de Frankfurt ha abrevado en la tradición filosófica y científica para recuperar los objetivos que fueron dejados de lado por el avance de la sociedad industrial y capitalista. Frente a esta evidencia, la postura crítica se presenta como una posible salida del cauce que habían tomado las ciencias sociales al ser seducidas por el empirismo falsacionista. El corolario directo de esta perspectiva es una concepción de ciencia que no se desprende de los aspectos valorativos, de la responsabilidad histórica y social que le atañe, como así también un posicionamiento dialéctico y relacional de los objetos que pretende describir y analizar.

El caso de la propuesta epistemológica de Habermas resulta particularmente significativo en este sentido desde el momento que intenta desarrollar una teoría plausible de racionalidad sustantiva. A partir de una concepción dialógica de la normatividad jurídica, supone una justificación racional de los principios fundacionales de la modernidad, que es designada como un proyecto legítimo pero incompleto en su evolución o desarrollo. Deslindando de toda justificación meramente institucional el proyecto de la modernidad, plantea que las normas válidas son efectivamente aquellas que pueden ser construidas intersubjetivamente por individuos racionalmente autónomos. En este sentido, la postura de Habermas significa un paso más allá de la arbitrariedad en la relación significante-significado profesada por el estructuralismo ortodoxo, arguyendo que en los eventos comunicativos las reglas superan y sustituyen el juego de las diferencias entre los elementos que componen el sistema.

La intención habermasiana de establecer pautas en la legitimidad racional de las normas sociales supone evidentemente una clara oposición a la lógica del deseo que propugnan por defender los representantes de la postmodernidad. El hermetismo de las esferas que entronizaron la racionalidad instrumental por encima de toda noción de responsabilidad y compromiso con la emancipación humana, debe cuestionarse, para Habermas, dando lugar a nuevos procesos comunicativos entre las esferas y entre los sujetos. En lugar de señalar el fin del metarelato racionalista, propone negociar las pautas y reglas que habrán de observarse en la construcción del discurso que lo legitima. Sólo de este modo será posible reestablecer el equilibrio perdido entre la historia y el proyecto de la Ilustración, entre los avances técnicos y sus implicancias éticas.

Conclusiones.

Los debates teóricos que conformaron el llamado “campo postmoderno” durante los últimos decenios del Siglo XX expusieron ante el mundo académico una serie de problemas que a simple vista parecían resueltos. El cuestionamiento de las premisas que sustentaban el ideal de racionalidad diseñado por la Ilustración, sesgado y al mismo tiempo exacerbado por el positivismo filosófico más tarde, dejó entrever a partir de lúcidos y profundos análisis de la historia reciente que no todo estaba dicho al respecto. A partir de prácticas y discursos cristalizados en las más disímiles esferas de la vida social y cultural, se había extendido una visión hegemónica de la ciencia como práctica que en sí misma encarnaba el progreso objetivo de la humanidad. Si bien es cierto que los procesos históricos del Siglo XX cuestionaron dicha percepción hegemónica, fueron apresuradamente interpretados por los teóricos de la postmodernidad como indicios irrefutables de que el proyecto sociocultural de la Ilustración debía darse por concluido.

Para estos intelectuales, la teoría crítica de origen frankfurtiano sería un intento de reestablecer la creencia en la unidad y el consenso armónico en torno a un discurso construido intersubjetivamente, cuando en realidad las sociedades capitalistas estaban hendidas por la paradoja. Dicha unidad, que suponía a su vez la síntesis entre las dimensiones instrumentales y éticas de la racionalidad, habría definido históricamente la secularización moderna, pero el mismo curso de la historia habría dado lugar a profundas contradicciones que era necesario resolver. La condición postmoderna, en términos de Lyotard, surge al contemplar la coincidencia entre la racionalización extrema que han alcanzado las sociedades capitalistas y la irracionalidad de sus consecuencias más aberrantes. Su origen, para éste y otros autores, debe situarse en la encrucijada entre una crítica y una expectativa social perimidas, tanto teórica como políticamente, ante los usos tecnológicos de la ciencia, sus efectos socio-culturales y las formas de dominación que le resultan afines.

Sin embargo, como creemos haber demostrado en este trabajo, la racionalidad evolucionó principalmente en sus aspectos técnicos e instrumentales, teniendo como aliada no pocas veces a la comunidad científica e intelectual, cuyos avances tecnológicos ocluyeron durante décadas todo cuestionamiento a la naturaleza de sus prácticas. Después del Holocausto, Hiroshima y Chernobill, entre otros eventos trascendentes relacionados con dicho proceso tecnológico, resulta evidente que el modelo de racionalidad imperante en el campo científico no conducía necesariamente al progreso. Ahora bien, los horrores y fracasos del Siglo XX se vinculan directamente con esa concepción de racionalidad que predominó en la comunidad intelectual –y

por extensión en las esferas del poder que le son funcionales– y no a la racionalidad en sí misma, que en el modo en que fue entendida por la Ilustración implicaba también un planteamiento ético relacionado con el compromiso y la responsabilidad ante los efectos de su arista instrumental.

En este orden de cosas, los teóricos de la postmodernidad aplicaron al análisis de la situación histórica una mirada empiricista, definiendo los eventos disruptivos como refutaciones de los postulados fundacionales de la modernidad o, en todo caso, como anomalías que ameritaban un diseño alternativo al programa de la Ilustración. Del mismo modo que para Fukuyama el curso de las experiencias de transición al socialismo implicaban un –nunca fundamentado– “final de la historia,” algunos pensadores del campo postmoderno arguyeron que las experiencias sociales, políticas y económicas del Siglo XX significaban el fin de tal proyecto. La teoría crítica, por el contrario y sin desconocer que la irrupción de dichos acontecimientos indicaba la necesidad de replantear el rumbo que se había tomado, propone retomar e impulsar la continuidad del proyecto, estableciendo un equilibrio más legítimo entre los alcances instrumentales y valorativos de la racionalidad, incluyendo el potencial emancipatorio que fue enunciado en sus orígenes.

Bibliografía.

Berman Marshall, "La modernidad: ayer, hoy, mañana," en Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad, Siglo XXI Editores, Madrid, 1.994.

Brown Harold, "Falsación," en La nueva filosofía de la ciencia, Editorial Tecnos, Madrid, 1.988.

Chalmers Alan, "Las teorías como estructuras," en Qué es esa cosa llamada ciencia, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1.988.

Delgado Díaz Carlos y Sotolongo Codina Carlos, "La complejidad y el nuevo ideal de racionalidad," en La revolución contemporánea del saber y la complejidad social, CLACSO, Bs. As., 2.006.

Foucault Michel, El orden del discurso, Editorial Tusquets, Barcelona, 1.980.

Habermas Jürgen, "Modernidad: un proyecto incompleto," en Casullo (comp.), El debate modernidad-postmodernidad, Editorial Punto Sur, Buenos Aires, 1.989.

Kuhn Thomas, "Las revoluciones como cambios del concepto de mundo," en La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1.996.

Kuhn Thomas, "Prioridad de los paradigmas," en La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1.996.

Lash Scott, "Postmodernidad y deseo: sobre Foucault, Lyotard, Deleuze, Habermas," en Casullo (comp.), El debate modernidad-postmodernidad, Editorial Punto Sur, Bs. As., 1.989.

Lyotard J.F., "El campo: el saber en las sociedades informatizadas," en La condición postmoderna, Rei Arg., Buenos Aires, 1.992.

Popper Karl, El problema de la base empírica, en La lógica de la investigación científica, Editorial Tecnos, Madrid, 1.977.

Popper Karl, "Panorama de algunos problemas fundamentales," en La lógica de la investigación científica, Editorial Tecnos, Madrid, 1.977.

Subirats Eduardo, "Transformaciones de la cultura moderna," en Casullo (comp.), El debate modernidad-postmodernidad, Editorial Punto Sur, Bs. As., 1.989.

E. Gustavo Rojas
(31 de Mayo de 2.007)